

HARLAN COBEN

Desaparecida

UNA HISTORIA DE MYRON BOLITAR



Myron Bolitar no es uno más. Es la única esperanza de Terese Collins. Hace ocho años ambos huyeron a una isla caribeña para dedicarse a amarse. Pero ella desapareció sin dejar ni el más mínimo rastro, incluso para alguien tan avieso como Bolitar. Hasta que sonó el teléfono a las cinco de la mañana. Sólo dijo: «Ven a París», dejando el aroma de un encuentro romántico, sensual, lleno de fantasías, con el que recuperar el tiempo perdido. Pero Bolitar ya presagiaba que Terese había pronunciado aquellas palabras con otra intención: era un grito de socorro. Rick, el exmarido de Collins y periodista estrella de la CNN, ha aparecido asesinado en París. Ella es la única sospechosa. La prueba preliminar de ADN, sin embargo, señala a otra: su hija. ¿Pero no murió hace más de diez años? Bolitar nunca habría imaginado todo lo que ocultaba Terese Collins: un íntimo secreto que no sólo devastará a los dos, sino que podría cambiar el mundo. Un secreto en el que se cruza el periodismo y la Interpol, incluso el Mossad.

*Para Sandra Whitaker,
la tía más guay del mundo entero.*

Primera parte

«Aguanta.
Esto te dolerá como nunca te ha dolido».

WILLIAM FITZSIMMONS, *I Don't Feel It Anymore*

1

«Tú no conoces su secreto», me dijo Win.

«¿Debería?»

Win se encogió de hombros.

«¿Es malo?», pregunté.

«Mucho», respondió Win.

«Entonces quizás no quiera saberlo».

Dos días antes de conocer el secreto que ella había guardado durante una década —en apariencia el íntimo secreto que no solo nos devastaría a los dos sino que cambiaría el mundo para siempre—, Terese Collins me llamó a las cinco de la mañana para sacarme de un sueño casi erótico y meterme en otro. Solo dijo: «Ven a París».

No había oído su voz en... ¿cuánto?, quizás siete años, y se oía el crepitar de la estática en la línea. Ella no se preocupó por cosas como el hola o cualquier preámbulo. Me desperté del todo y pregunté:

—¿Terese? ¿Dónde estás?

—En un precioso hotel en la margen izquierda llamado D'Aubusson. Te encantará. Hay un vuelo de Air France que sale esta noche a las siete.

Me senté. Terese Collins. Las imágenes sacudieron mi mente: un bikini de infarto, aquella isla privada, la playa abrasada por el sol, una mirada que derretía el acero, un bikini de infarto.

Vale la pena mencionar dos veces el bikini.

—No puedo.

—París.

—Lo sé.

Casi una década atrás nos fugamos a una isla como dos almas perdidas. Creí que nunca más nos volveríamos a ver, pero lo hicimos. Unos pocos años más tarde me ayudó a salvar la vida de mi hijo. Después, puf, desapareció sin dejar rastro... hasta ahora.

—Piénsalo —añadió ella—. La Ciudad de la Luz. Podríamos amarnos toda la noche.

Conseguí tragar.

—Sí, claro, pero ¿qué haremos durante el día?

—Si no recuerdo mal es probable que necesites descansar.

—Además de vitamina E —señalé, sin poder evitar la sonrisa—. No puedo, Terese. Tengo una relación.

—¿Con la viuda del 11-S?

Me pregunté cómo lo sabía.

—Sí.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—Perdona, pero creo que sí.

—¿Estás enamorado? —preguntó.

—¿Importaría si dijese que sí?

—No.

Cambié de tema.

—¿Qué pasa, Terese?

—No pasa nada. Quiero pasar contigo un fin de semana romántico, sensual, lleno de fantasías en París.

Otro trago.

—No he sabido nada de ti en... ¿siete años?

—Casi ocho.

—Te llamé —dije—. Muchas veces.

—Lo sé.

—Te dejé mensajes. Te escribí. Intenté encontrarte.

—Lo sé —repitió.

Siguió un silencio. No me gusta el silencio.

—¿Terese?

—Cuando necesitaste de mí, cuando me necesitaste de verdad, estuve allí, ¿no?

—Sí.

—Ven a París, Myron.

—¿Así de sencillo?

—Sí.

—¿Dónde has estado todos estos años?

—Te lo contaré todo cuando estés aquí.

—No puedo. Tengo una relación con una persona.

De nuevo aquel maldito silencio.

—¿Terese?

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

Sucedió después del mayor desastre de mi vida. Supongo que lo mismo le pasó a ella. Unos amigos bienintencionados nos habían «obligado» a asistir a una gala benéfica, y tan pronto como nos vimos el uno al otro fue como si nuestras respectivas miserias se convirtiesen en imanes. No creo mucho que los ojos sean el espejo del alma. He conocido demasiados pirados capaces de convencerte de esa seudociencia. Pero la tristeza era tan obvia en los ojos de Terese... En realidad emanaba de todo su ser, y aquella noche, con mi propia vida en ruinas, era lo que necesitaba.

Terese tenía un amigo propietario de una pequeña isla caribeña cerca de Aruba. Nos largamos allí aquella misma noche sin decirle nada a nadie. Acabamos pasando allí tres semanas, amándonos casi sin hablar, desapareciendo y desgarrándonos el uno al otro, porque no había mucho más que hacer.

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Ambos estábamos destrozados. Nunca hablamos de eso. Pero los dos lo sabíamos.

—Sí.

—Fuiste capaz de superar aquello que te destrozó. Es natural. Nos recuperamos. Nos destruyen y luego nos recuperamos.

—¿Y tú?

—No pude recuperarme. Ni siquiera creo que lo deseara. Estaba destrozada y quizás fue mejor mantenerme así.

—No sé si te sigo.

En ese momento su voz era suave.

—No creí, no, bórralo, sigo sin creer que me gustase ver cómo sería mi mundo reconstruido. No creo que me gustase mucho el resultado.

—¿Terese?

No respondió.

—Quiero ayudar.

—Quizás no puedas —contestó—. Quizás no tenga sentido.

Más silencio.

—Olvida que he llamado, Myron. Cuídate.

Luego desapareció.

2

—Ah —exclamó Win—, la deliciosa Terese Collins. Un culo de primera clase, algo sensacional.

Estábamos sentados en las destartaladas gradas plegables del gimnasio del Kasselton High School. Los habituales olores a sudor y jabón industrial llenaban el aire. Todos los sonidos, como en todos los gimnasios similares de este vasto continente, llegaban distorsionados, y los extraños ecos formaban el equivalente auditivo de una cortina de baño.

Me encantan los gimnasios como este. Crecí en ellos. Pasé muchos de mis momentos más felices en idénticos recintos mal ventilados con una pelota de baloncesto en la mano. Me encanta el sonido del driblaje. Me encanta la pátina de sudor que comienza a aparecer en los rostros durante los calentamientos. Me encanta la sensación del cuero granulado en las yemas; ese momento de pureza neorreligiosa cuando te centras en el borde del aro, lanzas la pelota, encestras y no hay nada más en el mundo.

—Me alegra que la recuerdes.

—Un culo de primera clase, algo sensacional.

—Sí, ya te oí la primera vez.

Win había sido mi compañero de habitación en el colegio universitario Duke. Ahora era mi socio y, junto con Esperanza Díaz, mi mejor amigo. Su verdadero nombre era Windsor Horne Lockwood III, y le sentaba bien: rizos dorados separados por una raya trazada con un tiralíneas; tez rubicunda; un rostro patricio; bronceado de golfista; ojos azul hielo. Vestía unos carísimos pantalones de color caqui

con una raya que rivalizaba con la del pelo, una americana azul Lily Pulitzer con el forro rosa y verde y un pañuelo en el bolsillo abullonado como la flor lanza agua de un payaso.

Una vestimenta decadente.

—Cuando Terese estaba en la tele —continuó Win con su estirado acento de instituto privado con el tono de alguien que le explica algo obvio a un niño un tanto retrasado—, no podías apreciar la calidad. Estaba sentada detrás de la mesa de los presentadores.

—Ajá.

—Pero cuando la vi con aquel bikini —para aquellos que llevan la cuenta, el mismo que mencioné antes, el de infarto—, bueno, es un activo estupendo. Un desperdicio en una presentadora. Es una tragedia cuando lo piensas.

—Como el *Hindenburg* —señalé.

—Una referencia hilarante —aprobó Win—, y, oh, tan oportuna.

La expresión de Win siempre es altiva. Las personas miran a Win y ven a un elitista, un esnob, alguien con dinero de toda la vida. En su mayor parte, están en lo cierto. Pero hay una parte en la que se equivocan... y esa parte puede hacer que un hombre sufra graves daños.

—Continúa —dijo Win—. Acaba la historia.

—Ya está.

Win frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿cuándo te marchas a París?

—No voy.

Había comenzado el segundo cuarto en la cancha. Era un partido de baloncesto de los chicos de quinto grado. Mi novia —el término parece un tanto pobre, pero no estoy seguro de si «amiga con derecho a roce», «persona importante» o «compañera» podría aplicarse—, Ali Wilder, tiene dos hijos, y el menor juega en este equipo. Se llama Jack y no es muy bueno. Lo digo no por juzgar o predecir futuros éxitos —Michael Jordán no empezó a jugar en el equipo del instituto hasta cursar tercero—, sino como una mera ob-

servación. Jack es grande para su edad, alto y pesado, lo que a menudo conlleva una falta de velocidad y coordinación. Hay algo como de trotón en su manera de correr.

Pero a Jack le encantaba el juego, y eso lo era todo para mí. Era un chico dulce, encerrado en su mundo pero de una manera positiva, y necesitado, como corresponde a un niño que pierde a su padre de una forma tan trágica y prematura.

Ali no podía venir hasta la media parte y yo, al chico, le apoyaba.

Win continuaba con el entrecejo fruncido.

—A ver si lo entiendo. ¿Has rechazado pasar un fin de semana con la adorable señora Collins y su culo de primera clase en un hotelito de París?

Siempre era un error hablar de relaciones con Win.

—Así es —respondí.

—¿Por qué? —Win se volvió para mirarme. Parecía perplejo de verdad. Entonces su rostro se relajó—. Ah, espera.

—¿Qué?

—Ha engordado, ¿no?

Win.

—No tengo ni idea.

—¿Entonces?

—Ya sabes, estoy comprometido, ¿lo recuerdas?

Win me miró como si estuviese defecando en la cancha.

—¿Qué? —pregunté.

Se echó hacia atrás en el asiento.

—Eres una maricona como una casa.

Sonó la bocina. Jack se puso las gafas protectoras y fue hacia la mesa de los árbitros con aquella maravillosa media sonrisa tontorróna. Los chicos de quinto grado de Livingston jugaban contra sus archirrival de Kasselton. Intenté no sonreír con suficiencia ante el entusiasmo, no tanto de los chicos, sino de los padres en las gradas. No quiero generalizar, pero las madres se dividen en dos grupos: las charlatanas, que aprovechan la ocasión para socializar, y las

sufridoras, las que viven y mueren cada vez que sus retoños tocan la pelota.

Los padres a menudo son más problemáticos. Algunos consiguen mantener la ansiedad más o menos controlada, reniegan por lo bajo, se muerden las uñas. Otros gritan a voz en cuello. Se meten con los árbitros, los entrenadores y los chicos.

Un padre, sentado dos filas delante de nosotros, tenía lo que Win y yo llamábamos el «síndrome de Tourette del espectador», y se pasaba todo el partido metiéndose a gritos con todos los que tenía a su alrededor.

Mi perspectiva en este campo es mucho más clara que en la de la mayoría. He sido agraciado con el don del atleta natural. Fue una sorpresa para toda mi familia desde el gran triunfo atlético conseguido por un Bolitar mucho antes de que yo apareciese, cuando mi tío Saúl ganó un torneo de tejos en un crucero de la *Princess* en 1974. Acabé el bachillerato en el Livingston High School como jugador del año. Fui el base estrella de Duke, donde dirigí al equipo en dos temporadas del campeonato de la NCAA. Los Boston Celtics me seleccionaron en primera ronda.

Entonces, pataplum, a tomar viento.

—Cambio —gritó alguien.

Jack se acomodó las gafas y corrió a la cancha.

El entrenador del equipo rival señaló a Jack y gritó:

—¡Tú, Connor! Te toca el nuevo. Es grande y lento. A ver si lo mueves un poco.

El padre con el síndrome de Tourette gimió:

—Es un partido muy igualado. ¿Por qué lo hacen entrar ahora?

¿Grande y lento? ¿Había oído bien?

Miré al entrenador del Kasselton. Llevaba el pelo con reflejos, peinado con gomina como un puercoespín, y una perilla negra recortada que le daba el aspecto del envejecido bajista de una banda de música. Era alto; yo mido un

metro noventa y dos y ese tipo me sacaba cinco centímetros, además de, calculé, unos diez o quince kilos.

—¿Es grande y lento? —le repetí a Win—. ¿Te puedes creer que el entrenador acabe de gritar eso?

Win se encogió de hombros.

Yo también lo intenté. El calor del juego. Déjalo correr.

El marcador estaba empatado a veinticuatro cuando ocurrió el desastre. Fue inmediatamente después de un tiempo muerto y al equipo de Jack le tocaba subir la pelota hacia la canasta del equipo rival. Kasselton decidió hacer presión por sorpresa. Jack estaba solo. Le pasaron la pelota, pero por un momento, con la presión encima, no supo qué hacer. Ocorre.

Buscó ayuda. Se volvió hacia el banco del Kasselton, el más cercano a él, y el gran entrenador del pelo puntiagudo gritó:

—¡Lanza! ¡Lanza! —Y señaló la canasta.

La canasta errónea.

—¡Lanza! —gritó de nuevo el entrenador.

Jack, a quien por naturaleza le gusta complacer y confía en los adultos, le obedeció.

La pelota entró. En la canasta equivocada. Dos puntos para Kasselton.

Los padres de Kasselton estallaron en vivas e incluso risas. Los padres de Livingston alzaron las manos al aire y gimiaron por el error del chico de quinto grado. Entonces el entrenador del Kasselton, el tipo del pelo puntiagudo y la perilla de bajista, chocó palmas con el segundo entrenador, señaló a Jack, y le gritó:

—¡Eh, chico, hazlo de nuevo!

Posiblemente Jack era el chico más alto de la cancha, pero en ese momento parecía como si intentase con todas sus fuerzas ser lo más pequeño posible. La media sonrisa tontorróna desapareció. Le temblaban los labios. Parpadeaba. Todas las partes del chico se encogían y también mi corazón.

Un padre del Kasselton no dejaba de gritar. Se rio, se llevó las manos a la boca como si fuese un megáfono de carne y gritó:

—¡Pásasela al chico del otro equipo! ¡Es nuestro mejor jugador!

Win le tocó el hombro.

—Vas a callarte ahora mismo.

El padre se volvió hacia Win, y vio la vestimenta decadente, el pelo rubio y las facciones de porcelana. Estaba a punto de burlarse y soltar una réplica, pero algo —probablemente el instinto de supervivencia básico y un cerebro de reptil— hizo que se lo pensara mejor. Sus ojos se cruzaron con los azul hielo de Win y luego los bajó.

—Sí, lo siento, eso estaba de más —se disculpó.

Yo apenas lo oí. No podía moverme. Permanecí sentado en la grada y miraba al ufano entrenador de los pelos puntiagudos. Sentía latir la sangre.

Sonó la bocina; final de la media parte. El entrenador, que no salía de su asombro, continuaba riéndose y sacudiendo la cabeza. Uno de sus ayudantes se acercó para estrecharle la mano. También lo hicieron algunos padres y espectadores.

—Tengo que irme —dijo Win.

No respondí.

—¿Debería quedarme? ¿Por si acaso?

—No.

Win hizo un gesto y se marchó. Yo seguía mirando al entrenador del Kasselton. Me levanté y comencé a bajar las desvencijadas gradas. Mis pisadas sonaban como truenos. El entrenador caminó hacia la puerta. Lo seguí. Entró en los lavabos sonriendo como el idiota que sin duda era. Lo esperé junto a la puerta.

Cuando salió, le dije:

—Un tipo con clase.

Llevaba las palabras «Entrenador Bobby» bordadas en la camisa. Se detuvo y me miró.